



**Una emotiva escena de
la maravillosa película
"Aleluya" de King
Vidor**

(Fotografía cedida gentilmente por Angel Zúñiga)



franjas y las estrellas. Lo demuestran críticos como Charles Edward Smith, William Russell y otros, que trabajan con entusiasmo y erudición en diversos terrenos del afroamericanismo.

* * *

La presencia del negro en los Estados Unidos data del siglo XVI. Mas la esclavitud comenzó con el arribo a Jamestown, Virginia, de un velero holandés, transportando veinte africanos (1619).

Estos hombres de color no llegaron en estado salvaje, como con frecuencia se ha creído. En el continente color azabache poseían civilizaciones seculares, particularmente los oriundos de ciertas regiones, como Dahomey, Yoruba, el Congo y el Camerún. Eruditos africanistas de la talla de Maurice Delafosse y León Frobenius lo han documentado generosamente en copiosos volúmenes.

Todos los artistas que no han sido víctima de un prejuicio tonto, se han referido de manera laudatoria a las valiosas esculturas en piedra y en madera, a los objetos tallados en hueso y marfil, y a las máscaras esculpidas en hierro y en bronce, realizados por los nativos africanos. Su gravitación en las corrientes artísticas de América y del Viejo Mundo certifica con harta elocuencia su empinada cuantía.

En los Estados Unidos, esta singular dote artística produjo sus más cuajados frutos en el terreno de la danza, de la música, de la poesía y de los cuentos folklóricos.

A lo largo de casi un siglo de liberación, la colectividad negra de la Unión, cuyo número llega a los

quince millones, y bregando en el medio social que describen Erskine Caldwell en *Trouble in July*, Theodore Dreiser en *Negro Jeff*, William Faulkner en *Dry September* y John L. Spivak en *Georgia Nigger*, han alcanzado un ponderable nivel cultural, que constituye el más rotundo mentís a la burda patraña de la inferioridad racial.

Como afirma el profesor Frank P. Graham, de la Universidad de Carolina del Norte, la proporción de analfabetos que ayer no más —en 1880— era del 70 por 100, hoy ha descendido al 10, lo cual da una idea de la cultura alcanzada en un lapso brevísimo de permanencia en la gran nación del norte.

El norteamericano de color ha invadido hoy todos los terrenos de la actividad humana. Cultiva la poesía y la novela, el teatro y la pintura, la escultura y la investigación científica, histórica y sociológica, la crítica y el folclorismo...

Su contribución a la cultura universal no se circunscribe a la órbita de la música popular, cual es frecuente creer, ni su mundo es exclusivamente el de la poesía, el canto y la danza, como por ahí se ha escrito.

Estamos convencidos que el contacto con estos valores constituye la mejor antorcha para iluminar los tortuosos senderos del jazz. Y, según queda dicho, parece que en estos momentos son muchos los críticos que opinan como el que esto escribe.

NÉSTOR R. ORTIZ ODERIGO

Buenos Aires, Agosto de 1948.